

Sueños de sal

Yuisa González Rivera
Arecibo, Puerto Rico

De repente aquellos dolores de cabeza no cesaban y, peor aún, aumentaban en intensidad cuanto más los ignoraba, como si tuviesen voluntad propia, como si fuesen la alarma que me despertaba a una realidad a la que me tenía que enfrentar.

Momentos más tarde ya no me dolía la cabeza y sentí una tranquilidad casi nirvánica. Recordé que tenía que ir al supermercado a comprar los ingredientes para una cena que habría en casa esa noche. Olvidé dónde había dejado la lista, pero creía recordar todo lo que había en ella: arroz, pernil, romero, habichuelitas verdes... Sí, lo recordaba todo. Tomé el dinero del latón de la cocina y me dispuse a salir. No me había percatado de que llovía; según mi abuela, no escuchar la lluvia es señal de que algo inesperado ocurrirá y nos hará sufrir mucho, pero yo nunca fui supersticioso. Volví a entrar y busqué mi sombrilla azul, siempre azul. Finalmente salí de casa.

Llegué todo mojado al supermercado porque, como quedaba cerca de casa decidí irme a pie. Eran pocas las veces que uno podía disfrutar de un paseo en un país como éste que no está pensado para peatones. Fui góndola por góndola comprando todo lo que había en aquella lista perdida y, cuando lo tuve todo, me dirigí a la caja a pagar. Mientras ponía todas las cosas en la correa, las repasaba mentalmente. Este tipo de tarea femenina nunca me molestó, me gustaba ayudar a mi madre, ella siempre se desvivía por nosotros, a veces incluso iba a la farmacia sólo para comprarle las recurrentes toallas sanitarias. Al principio no me gustaba, no porque me diera bochorno sino porque ella era muy exigente y yo no entendía la diferencia entre una toalla sanitaria y otra, hasta que me di cuenta de que eso me hacía ganar puntos con las chicas, (incluso les pedía ayuda aun cuando ya sabía cuál era la que buscaba, sólo para hacer conversación) al parecer les parecía un chico seguro de mí mismo y tierno, así que lo hacía con mayor gusto. De repente me asaltó la duda, ¿estaba olvidando algo de la lista? Pensé por unos segundos (porque era lo

único que me quedaba antes de pagar, odiaba salirme de la fila y volver a entrar, prefería entrar a otro lugar que me quedase de camino, pero esta vez estaba a pie y tendría que cargar con todos los paquetes). Descarté la idea y me tranquilicé diciéndome que era la inseguridad que me provocaba el no tener la lista conmigo. Lo tenía todo.

Llegué por fin a mi casa y mi madre ya me esperaba en la cocina.

- ¡Hijo, fuiste al supermercado! Pensé que se te había olvidado. ¿Compraste todo?
- Sí. - le contesté.
- También la sal ¿verdad?, era lo más importante.

La sal, carajo...

De repente la tranquilidad cesó. Me encontré rodeado de gente que me miraba con ojos serenos pero llenos de una tristeza inconmensurable.

- Morfeo, te quedaste dormido por varias horas.
- No me di cuenta.
- Te veías tan tranquilo que no te quisimos despertar.

Al escuchar que pronunciaban mi nombre me di cuenta, después de tanto tiempo, de que hacía honor perfecto a mi personalidad, siempre me quedaba dormido. Toda la vida tuve problemas en la escuela y el trabajo, no importaba cuántas horas durmiese, parecía que tenía al dios en mis hombros. Tal vez en eso mi abuela sí tenía razón. Los nombres te predestinan; yo, por si las moscas, le pondré a mi hijo Jesús (a ver si me sale bueno, ya lo dice el villancico). Mi padre sacó mi nombre de una novela radial que escuchaba mi abuela cuando él era pequeño y, aunque lo encontró extraño, le gustó. Cuando yo nací decidió ponérmelo porque le pareció que cuando la gente lo escuchara pensaría que yo venía de una familia de gente letrada y no del campo y analfabeta como pensaría si me llamara Juan o Pedro, o nombres mucho peores como Diosdado o Fortunato. Mi padre tenía una gran imaginación, digna de un escritor.

- Ya es hora.

Aquellas palabras me devolvieron los dolores de cabeza. Me levanté de la cama y caminé hacia la sala y allí estaba. Sereno, igual que antes, nunca lo había visto perder la paciencia. Cualidad de la que yo carecía. Pero había algo diferente en él, estaba inmóvil. Siempre estaba moviéndose para arriba y para abajo; arreglando algo en la casa, haciendo ejercicio o algo que lo mantuviese activo. Y estaba frío, los hombres siempre están calientes. Salvo por eso nadie pensaría que estaba muerto.

- Vamos, que ya quiero acabar con los dolores de cabeza.
- ¿Dolores de cabeza?, no me habías dicho nada, quieres que te dé algo.
- No te preocupes mami- algo me decía que lo único que me los quitaría sería el cierre de un ciclo... eso sería lo que haría.
- Sí hijo, las heridas se curan con sal.

Y eso fue justo lo que se me había olvidó comprar.